

Miré los muros...

ARTE Pedro Luis Lozano Úriz

MALEZA/SASTRAKA

Sala: Pabellón de Mixtos, 1ª planta
Horario: Hasta el 1 de mayo. De martes a sábados, 11:30 - 13:30 y 18:00-20:30.
Domingos y festivos 11:30 - 13:30

MIRÉ los muros de la patria mía..., Quevedo escribe simbólicamente a la decadencia de un Imperio cuyos síntomas empiezan a ser visibles, igual que, nostálgicos, la adarga antigua y el flaco rocín de Don Quijote sueñan con otras épocas de brillantez caballeresca, pero no hay en su mirada tristeza sino más bien un reconocimiento del pasado, una mezcla de añoranza y realismo donde la presencia del tiempo continúa avanzando, más allá de las crisis, las decadencias y el abandono.

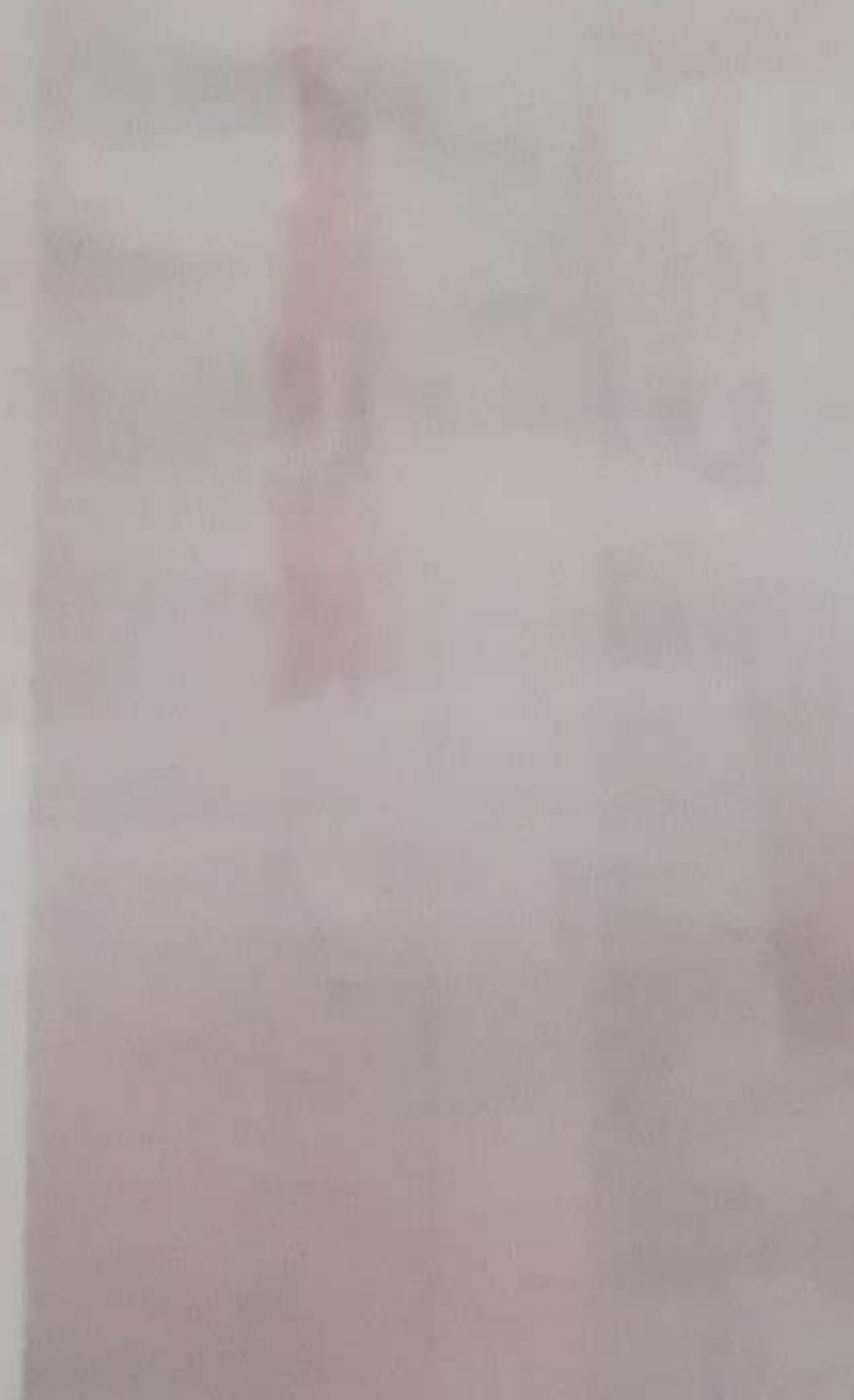
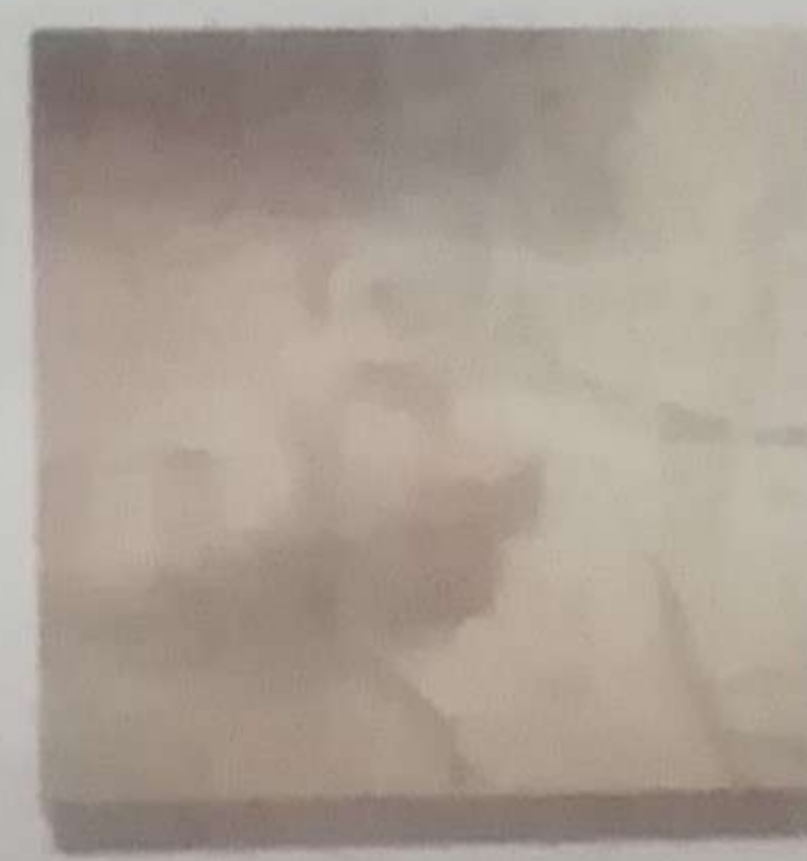
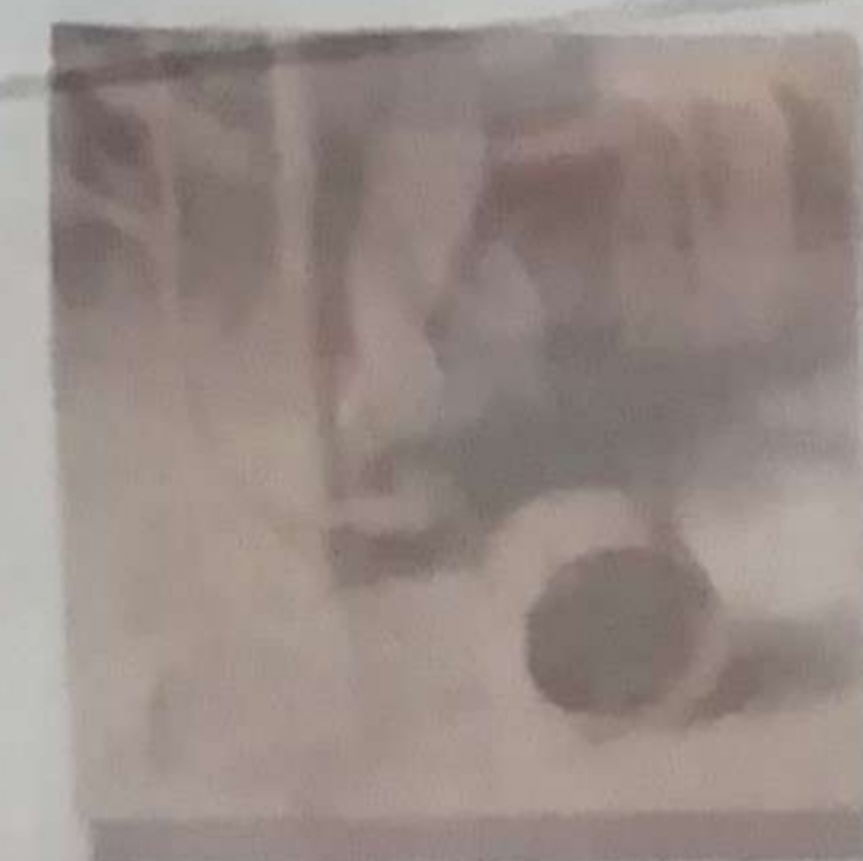
Muchos teóricos observan nuestro momento cultural como un nuevo Barroco. Tras el Renacimiento que supusieron las vanguardias del siglo XX, el fin de siglo y el nuevo milenio es un momento de reflexión. La brillantez del neo-pop, el teatro de la performance, la arquitectura espectáculo del Guggenheim son signos más que evidentes de ello. Pero el Barroco no solo es un periodo de brillantez cromática, piruetas ópticas y teatro, también tiene una mirada más madura que el Renacimiento, sobrepasada la frescura inicial, los artistas barrocos reflexionaron sobre el abandono, el paso del tiempo, la vanitas y la muerte. Hoy muchos autores también trabajan en esas líneas; la decadencia del progreso, la memoria, el olvido...

En la Ciudadela de Pamplona podemos ver una exposición que reúne una visión compartida entre cuatro amigos, un poeta, un pintor, un músico y un cineasta que ejerce de fotógrafo. Su proyecto fue creciendo como las buenas plantas, despacio, sin prisas

ni pretensiones. La semilla la plantó Pello Lizarralde con sus textos, y desde ahí, el resto completó el conjunto aportando su mirada, sus experiencias, sus recuerdos y su presente.

Los textos de Lizarralde parecen seguir los versos de Quevedo, él parte de una ciudad sin puertas y abierta o como diría el poeta con los muros desmoronados, ambos salen a pasear al campo y entran en una casa desvencijada, amancillada. Despojos, bolsas de basura, rótulos y azulejos van conviviendo con hojas, arbustos y campos de cultivo. Es el arrabal, el territorio de frontera, un impase entre la ciudad viva y la naturaleza salvaje, un espacio de heridas, de guerra, donde nadie triunfa, ni el campo ni la urbe, una tierra de abandonos, de intentos, de conquistas y reconquistas. El tiempo dirá si será el campo o la ciudad quien domine finalmente estos espacios, estos territorios heridos y en conflicto.

José Ignacio Agorreta lleva mucho tiempo buscando la mirada que añora. Sus interiores, sus cocinas, sus cuartos y espacios derrumbados viven del recuerdo, de la mirada que crea el presente al descubrir los restos del pasado, como diría Don Francisco, restos "de la carrera de la edad cansados", pero el paseo de Lizarralde, le ha obligado a mirar también el paisaje, los campos, los caminos y los árboles y creo que él es consciente de que esta exposición ha supuesto un reto y una solución en su trabajo, abriéndole otros horizontes y rincones donde de nuevo ha encontrado su espíritu. Ha encontrado en definitiva su mirada silenciosa, meditadora, que sabe atrapar al espectador, hasta llevarle a sus recuerdos más íntimos, sus remembranzas, sus alegrías también, porque la añoranza no necesariamente ha de ser



José Ignacio Agorreta, junto a algunos de los cuadros expuestos en la Ciudadela.

EDUARDO BUKENS

triste, sino sincera, consciente de la muerte, pero también de la vida, de la ya vivida y de la vida actual que nos permite seguir mirando, seguir viviendo recuerdos de futuro. Evitando ser ese olvido que seremos siendo aún recuerdo vivo del pasado.

No puedo hablar de cada cuadro con detenimiento, aunque todos lo merecen, desde esa increíble escalera en ocre, al árbol caído en verdes, o los caminos solitarios o ese paso de peatones que, en medio de una frontera de asfalto, nos ofrece una salida a un campo abierto a la imaginación. Pero sí que puedo decir, al menos, que hay una luz que atraviesa toda la sala del Pabellón de Mixtos de la Ciudadela. Es la claridad de Claudio Rodríguez que viene, como un don de ebriedad y que ocupa las cosas; una claridad "sedienta de una forma, de una

materia para deslumbrarla" Esa claridad atraviesa todos los cuadros de Agorreta, y los ilumina; es una luz que es necesaria para alumbrar el mundo que observa el pintor, el poeta, el músico o el fotógrafo. Todos necesitan de ella para ver bien en los arrabales, en las casas derrumbadas, en las veredas de los caminos y descubrir allí las añoranzas, las huellas del pasado, la vida del presente, la destrucción del futuro.

Hay en estos cuadros una iluminación necesaria que nos permite ver, ver la realidad que nos rodea, la realidad herida, la naturaleza que lucha por sobrevivir, las huellas del progreso que avanza o se estanca, la vida, la vida en su plenitud tanto en alza como en retroceso. Esta luz que ilumina no es cegadora, ni es dramática, es una luz que viene de lo alto, que cubre y habita y que engloba y re-

corre la sala entrando y saliendo en cada cuadro. Déjense llevar por ella. Esta luz deshace sí ciertos límites, como la memoria pierde también sus coordenadas, pero es una luz que deja ver, que nos lleva al mundo interior que nace y renace cada vez que observamos estos escenarios donde las líneas, las fronteras entre el tiempo, la vida, la muerte, el recuerdo o el olvido se difuminan solo lo justo para sentirlos como propios. Para sentir, en definitiva, que nosotros también podemos pasear por estas obras, porque no solo están hechas con los restos de un paisaje concreto, sino también, aunque no lo sepan, con sus propios sentimientos, sus recuerdos, sus miedos y sus añoranzas porque el arte de Agorreta, con sus pinceles, les ha pintado sin saberlo ustedes, algo de su propio mundo, algo de ustedes.